

Infancias robadas:

el **antisemitismo sistémico** y la experiencia de los niños judíos en los guetos y los campos de concentración, trabajo y exterminio nazis

Stolen childhoods: Systemic anti-Semitism and the experience of Jewish children in ghettos and Nazi concentration, labor and extermination camps.

Escrito por **Micaela García**

Resumen

Este artículo apunta a priorizar la conversación acerca de los terribles efectos del Holocausto en la población infantil judía de los países que estuvieron bajo la esfera de control nazi durante la segunda guerra mundial. Los testimonios de niños judíos en los guetos y campos de concentración nazis revelaron una espeluznante pero verdadera imagen de su realidad. Los efectos de esta tragedia fueron más allá de los confines temporales de la duración de la guerra, o del mismo Holocausto como tal. Se extendieron a todo aspecto de la vida de esos niños, que luego se convirtieron en adultos que siguieron lidiando con los traumas y los daños a su identidad, a su humanidad, durante todas sus vidas. El artículo apunta a revalorizar estas experiencias, dándoles el lugar que merecen en la conversación sobre el Holocausto.

Palabras clave: Infancia — Nazismo — Holocausto — Concentración — Exterminio

Abstract

This article addresses the terrible effects of the Holocaust on the Jewish child population in countries under Nazi control in WWII. Testimonies by Jewish children in the ghettos and Nazi concentration camps reveal an awful but true image of reality. The effects of this tragedy went beyond the end of the war and the Holocaust. They pervaded in every aspect of these children's lives, who continued dealing with the traumas and harm in their adulthood. This article intends to value these experiences by finding their place in the debates on the Holocaust.

Keywords: childhood – Nazism – Holocaust – concentration – extermination

Introducción

El presente trabajo surge de la investigación realizada en el marco del Seminario/Taller de Historia Contemporánea, cursado durante el año 2021 en el Centro Regional de Profesores del Este. El tema fue elegido con base a un interés personal en la historia del Holocausto, hecho que ha quedado cementado como una de las más documentadas tragedias de la historia contemporánea. En hebreo, la palabra utilizada para describir a esta tragedia es *Shoá*, que se traduce como «La Catástrofe», y refiere al genocidio sufrido por el pueblo judío a manos de la Alemania nazi durante la segunda guerra mundial, y las acciones de represión antisemita en los momentos previos a la implementación de la llamada «solución final». Se tomará como franja temporal la comprendida entre los años 1933 y 1945, aunque se hará mención al antisemitismo en Europa durante los inicios del siglo xx. La decisión de investigar acerca de las experiencias de los niños dentro de este contexto surgió al momento de notar que era un campo menos revisado dentro de la historiografía

del Holocausto, al menos en lo que refiere a la bibliografía disponible en el entorno local. Generalmente cuando se investiga acerca de un hecho histórico, las experiencias de grupos como las mujeres, los ancianos y los niños se han visto relegadas a un segundo plano durante mucho tiempo. Durante décadas pasadas se empezó a priorizar la investigación en base a los testimonios, el sufrimiento y los logros de estos individuos. Este trabajo pretende hacer un pequeño aporte a estos esfuerzos. La enorme tasa de mortalidad de los niños judíos durante el Holocausto² y la falta de información acerca de sus experiencias durante todo el proceso de marginación, concentración y exterminio hacen de especial relevancia que exista un trabajo que sirva como instrumento para su reivindicación. Este trabajo de investigación tiene como objetivo responder a la siguiente pregunta: ¿qué efectos tuvo el antisemitismo sistémico del régimen nazi en la vida cotidiana de los niños judíos? Para esto se realizará una reconstrucción en base a los aportes de historiadores como Raúl Hilberg, Saul Friedländer, Peter Hayes, Timothy Snyder, Laurence Rees y Götz Aly. Además, se analizarán fotografías, dibujos y testimonios que nos aportan información, tanto desde lo historiográfico como desde lo memorístico, acerca de las experiencias de los niños judíos en los guetos y los campos de concentración, trabajo y exterminio nazis. Hasta el momento las experiencias infantiles durante el Holocausto han sido abordadas de forma breve en los trabajos de los autores anteriormente mencionados, pero existe un enorme cuerpo bibliográfico disponible de forma digital en la Enciclopedia del Holocausto del United States Holocaust Memorial Museum y en la página del Centro del Recuerdo de la Shoá Yad Vashem. Dividido en cinco apartados, el trabajo comenzará por explicar los antecedentes del antisemitismo en Europa durante los comienzos del siglo xx, para pasar luego a analizar las características particulares que adoptó el antisemitismo nazi y cómo estas se fueron sistematizando para estructurar un aparato estatal que fuese capaz de llevar a cabo el Holocausto. Adentrándonos en las experiencias de los niños judíos y los efectos que tuvo en ellos la sistematización del antisemitismo, analizaremos los cambios dados a partir de la implementación de las leyes de Núremberg en 1935 y la subsecuente legislación antisemita del nazismo. Por último, se analizarán las experiencias infantiles en los guetos, los campos de concentración, trabajo y exterminio, y cómo la lucha diaria por la supervivencia cambió la vida de los pequeños judíos de forma permanente.

Un desprecio preexistente: el antisemitismo en Europa a principios del siglo xx

El exterminio en masa de la población judía en Europa llevado a cabo por el régimen nazi en lo que hoy conocemos como el Holocausto estuvo basado en un antisemitismo de particularidades muy especiales. Pero no surgió de un día para el otro, ni se trató del comienzo del antisemitismo en el continente europeo. A finales del siglo xix e inicios del siglo xx ya existía un rechazo o al menos un sentimiento constante de sospecha hacia los judíos instalado en sectores de las sociedades europeas. Antes de comenzar a analizar el alcance del antisemitismo en Europa durante los inicios del siglo xx, es necesario establecer qué se entiende por este término y las distintas formas que el prejuicio u odio hacia la comunidad judía adoptó, específicamente en la Alemania de principios de siglo. Según la Enciclopedia del United States Holocaust Memorial Museum (USHMM),³ el término *antisemitismo* fue en primera instancia acuñado en 1879 por el periodista alemán Wilhelm Marr, para denominar el odio hacia los judíos y algunos movimientos culturales frecuentemente asociados a la idea de «el judío». Sin embargo, este odio fue más allá de las definiciones, ya que impulsó, e impulsa, acciones de distinta magnitud. Las bromas de corte peyorativo, las actitudes de desdén normalizadas, así como el prejuicio y los estereotipos en los que se encasilla a la comunidad judía son manifestaciones de antisemitismo, pero este también impulsa acciones de corte violento, y el mayor extremo jamás alcanzado: la persecución y el exterminio sistemático de la población judía llevado a cabo por el gobierno nazi.

El historiador Saul Friedländer (2016) propone que más que hablar de antisemitismo, en singular, deberíamos hablar de antisemitismos, cada uno de los cuales se manifestó en distintos momentos y contó con sus propios fundamentos y características. Por un lado encontramos el antisemitismo relacionado con ideologías o tendencias políticas asocia-

das al pueblo judío, especialmente las de inclinación izquierdista. Friedländer hace referencia también a un antisemitismo racial, que afirmaba que su rechazo a los judíos estaba basado en cualidades innatas a la comunidad hebrea, cualidades que no podían ser superadas porque estaban «en la sangre» de los judíos, y era esto lo que los hacía peligrosos para la raza alemana. Por su parte, el antisemitismo religioso se manifestó principalmente desde la tradición cristiana, que afirmaba entre otras cosas que los judíos eran los responsables directos de la muerte de Jesús. A principios del siglo xx muchos antisemitas aunque no fueran cristianos contaban con prejuicios arrastrados de una educación religiosa y expresiones cotidianas relacionadas con el rechazo de la Iglesia al judaísmo.

En cuanto a las particularidades específicas del antisemitismo nazi, encontramos una fusión del resentimiento antijudío, el antisemitismo racial y un dejo religioso sin dudas relacionado a las nociones impuestas por la cristiandad alemana. Esta fusión le otorgó una forma mística a la idea de *germanidad* que derivó en la idealizada *raza aria*,⁴ la sacrosanta sangre del pueblo alemán (Friedländer, 2016). La combinación de estos factores construyó la culminación definitiva del antisemitismo nazi, denominado por Friedländer como antisemitismo «redentor». Este «nació del temor a la degeneración racial y de la creencia religiosa en la redención» (Friedländer, 2016: 127). La percibida infiltración del judío en la política, sociedad, y de forma última en la sangre alemana, era, según el antisemitismo redentor, la causa de la degeneración racial. Solo se podría superar esta condición si el mundo ario se unía en una lucha en contra del judío, una lucha de vida o muerte. La supuesta redención «vendría con la liberación de los judíos: con su expulsión, quizás incluso con su aniquilación» (Friedländer, 2016: 128). Sin dudas, el régimen nazi se tomó muy en serio su compromiso con la lucha para liberarse de quienes creían eran su peor enemigo, y para lograrlo cruzaron límites de crueldad imposibles de imaginar.

La derrota aplastante que trajo consigo el final de la primera guerra mundial dejó a su paso una aguda crisis alimentaria, caos y un resentimiento generalizado a causa de la situación a la que se enfrentaban los alemanes debido a las cláusulas del Tratado de Versalles. Firmado el 28 de junio de 1919, el tratado responsabilizó a Alemania por la guerra y la cargó con los costes de reconstrucción de las naciones vencedoras. Existía entre los alemanes una enorme frustración y un sentimiento de haber arriesgado sus vidas y perdido seres queridos en vano (Aly, 2012). El efecto psicológico de esta crisis y de los traumas adquiridos en la guerra condujo a que se buscaran culpables de la miseria experimentada (Aly, 2012).

Götz Aly hace referencia a las dificultades que tuvo el pueblo alemán para construir una identidad y una unidad propia como nación, hecho que había sido agravado tras la primera guerra mundial cuando el Imperio alemán fue sucedido por la brevísima República de Weimar que luego a su vez fue sucedida, en 1933, por el Tercer Reich del nazismo. Todo lo contrario eran las experiencias del pueblo judío, que si bien estaba esparcido a lo largo y ancho del planeta, había logrado conservar sus leyes, sus costumbres, en muchos casos un idioma al menos como segunda lengua materna, una forma de escritura, una tradición, y una religión con todos sus mitos (Aly, 2012). Los judíos no abandonaron ni su religión ni sus costumbres, sino que adaptaron y redefinieron lo que significaba ser judío en el siglo xx.

Los alemanes antisemitas veían esto como una amenaza, creciendo no solo el resentimiento, sino también una sensación de temor en ciertos sectores de la población alemana hacia los judíos, alimentada por teorías de una conspiración internacional encabezada por judíos, con el propósito de dominar el mundo.

Parte importante de este trabajo se centra en el papel primordial que tuvo el antisemitismo en el Estado nazi y sus acciones; por lo tanto, es necesario precisar a qué nos referimos con la decisión de denominar a la ideología antijudía del nazismo «antisemitismo sistémico». La palabra sistémico/sistémica hace referencia a algo presente en la totalidad de un sistema, o un organismo en su totalidad. Si bien la intensidad con la que el antisemitismo se instrumentó en manos del aparato de gobierno nazi varió en el tiempo, según los objetivos específicos que se perseguían de forma prioritaria, el odio hacia los judíos estuvo presente en la totalidad de su estructura. Todas las instituciones nazis lo aceptaron y de un modo u otro propiciaron los horrores que se cometieron; desde el aparato burocrático hasta la *Wehrmacht*.⁵ Como explica Raúl Hilberg (1961), la destrucción de los judíos no fue encargada a un organismo nazi en particular, sino que todos los organis-

mos del régimen hicieron su parte, de forma descentralizada. El antisemitismo sistémico llegó a tener este carácter gracias a su sistematización, desde el ascenso del nazismo al poder.

Uno de los primeros objetivos del nazismo como gobierno fue convertir al aparato burocrático alemán en una organización tan extensa, fuerte y eficaz como fuera posible. Lograron este cometido con la instrumentación de la *Schutzstaffel* (SS), la organización que abarcaba la administración política, policial, penitenciaria y militar del nazismo como partido y como régimen de gobierno. La eliminación de los judíos alemanes se llevó a cabo principalmente en dos etapas que han sido claramente definidas por Raúl Hilberg, en las que el aparato administrativo del Tercer Reich tuvo un papel crucial: la emigración (impulsada u obligada), que se dio entre los años 1933 y 1940; y la aniquilación masiva y sistemática que se llevó a cabo entre 1941 y 1945 (Hilberg, 1961). A esta definición se le puede agregar una tercera etapa en el período intermedio: la concentración, iniciada en 1940 con el aislamiento de los judíos en guetos y campos de concentración.

Antes de aplicar medidas ofensivas, el régimen nazi tuvo que definir con exactitud quién era el *judío*. El 11 de abril de 1933 en un decreto del Ministerio del Interior alemán se realizó por primera vez una distinción entre dos categorías: arios y no arios (Hilberg, 1961). Eran considerados judíos todas aquellas personas que, aunque no profesaran la religión judaica, tuvieran al menos un padre o abuelo judíos. Quienes no tenían antepasados judíos eran considerados de «sangre alemana», es decir, arios. La ascendencia, la influencia, las características culturales y la identidad de los judíos eran presentadas en oposición al ser alemán (Hilberg, 1961). El Partido Nacionalsocialista, ya durante su ascenso al poder, fomentó una forma de nacionalismo alemán que involucró e identificó a todas las clases sociales, utilizando lemas como: «¡No olvides que eres alemán!» y «¡Despierta, Alemania!» (Aly, 2012). Al intentar crear una naturaleza alemana que involucrase al «pueblo alemán», se rechazó cualquier idea de emancipación judía, relacionada con un «espíritu extranjero» (Hayes, 2018).

El objetivo del nazismo en cuanto a los judíos era claro: estas personas eran vistas como un *problema*, y como tal, debía tener una *solución*. Como fue mencionado en el apartado anterior, se ensayaron distintas *soluciones*, entre las cuales estuvieron: la emigración forzosa, la opción de desplazarlos a un lugar puntual (Madagascar o Palestina principalmente), el desplazamiento físico (mediante guetos, campos de concentración y campos de trabajo) y el exterminio (mediante fusilamientos en fosas comunes, camiones de gas y campos de exterminio) (Snyder, 2015).

En primer lugar, para poner en marcha los esfuerzos para deshacerse de los judíos, se decidió legislar en consecuencia. Si bien ya se habían tomado medidas represivas con la intención de fomentar la migración de los judíos alemanes, fue el 15 de setiembre de 1935 cuando el gobierno nazi alemán anunció oficialmente las primeras leyes que limitaron la participación de los judíos en la vida sociopolítica de Alemania: las llamadas leyes de Núremberg. Friedländer explica que «la separación y la compatibilidad tanto de las tendencias antijudías y las tendencias generales sobre la raza y la eugenesia estaban justo al centro del sistema nazi».⁶ Las leyes de Núremberg respondían a una clara instrumentalización del antisemitismo, al que se le otorgaba un valor práctico, y a su vez dejaban en claro el carácter racial de la postura antijudía del régimen nazi.

El título de este apartado es «Infancia en peligro» y esto se debe a que en muchos modos las leyes de Núremberg marcaron un antes y después en las vidas de los niños judíos en Alemania. Fueron las primeras acciones antisemitas del gobierno nazi que afectaron directamente su vida. Primero es necesario definir a qué franja etaria nos referimos específicamente al hablar de niños. Se tomará la definición utilizada por Peter Hayes (2018), según la cual la infancia judía a analizar queda comprendida por los niños de dieciséis años o menos. Esta franja nos permitirá considerar las experiencias de estos niños durante las distintas etapas de su infancia, comprende tanto una etapa de total dependencia con respecto a los padres y demás adultos, como una etapa más relacionada a la búsqueda de independencia, desarrollo sexual y formación de la personalidad del individuo.

Está bien documentado el hecho de que el propio Hitler consideraba a los infantes como el verdadero futuro de su idealizada raza aria. Según el United States Holocaust Memorial Museum (USHMM), los niños arios eran alemanes, provenientes principalmente de las regiones germanas del norte de Europa, y fueron educados bajo una serie de valores que

los situaba por encima de los pequeños de otras «razas bastardas». ⁷ Sus rasgos físicos y una supuesta mayor inteligencia e ímpetu físico fueron impuestos como el ideal alemán, hecho ideológicamente sostenido durante todo el régimen. Mientras los niños arios eran la joya más preciada del nazismo, los niños judíos eran considerados pertenecientes a una raza «peligrosa» y «decadente», que si seguía en contacto con los niños alemanes no haría más que corromper sus mentes. Según datos del United States Holocaust Memorial Museum, ⁸ aproximadamente un millón y medio de niños fueron brutalmente asesinados por el régimen nazi, de los cuales más de un millón eran judíos. Pero lamentablemente, los sufrimientos de los niños judíos durante el nazismo comenzaron mucho antes de que se implementara la llamada «solución final» a la cuestión judía.

En 1935, como explica Laurence Rees (2017), ya existían grupos locales en algunos pueblos y pequeñas ciudades alemanas que habían comenzado a excluir a los judíos de espacios públicos, tales como piscinas y pistas de hielo. Incluso algunos pueblos enteros tenían a su entrada carteles que anunciaban «no queremos judíos». A esto se le sumaron campañas de difamación antisemita en los medios de comunicación, en las que los jóvenes judíos aparecieron en viñetas como corruptores que deshonraban a las jóvenes alemanas (Rees, 2017). Esto debió tener un enorme impacto en el relacionamiento de los adolescentes judíos con el sexo opuesto, justo en una etapa crucial de descubrimiento personal y afectivo. Además, durante ese tiempo se registró un aumento sustancial en el número de crímenes de odio hacia individuos judíos. Vale la pena señalar que esta situación causó que el mismo ministro de Economía de la Alemania nazi, Hjalmar Schacht, declarara que mientras los límites de los actos antisemitas promovidos por el partido nazi no estuvieran determinados dentro de un marco legal, codificado, que explicitara el alcance que podría llegar a tener la persecución a los judíos, la economía alemana se vería profundamente afectada. Esto se refería, por ejemplo, a los boicots a marcas alemanas realizados por parte de judíos residentes en otros países a modo de protesta por los malos tratos que sufrían los judíos alemanes (Rees, 2017).

Las leyes de Núremberg, aprobadas en 1935, se basaron en primera instancia en los preceptos raciales mencionados anteriormente al hablar de la raza aria. Respondieron a una supuesta necesidad de proteger a la sangre alemana y al honor del pueblo alemán de la influencia de los judíos (Rees, 2017). En estas leyes se estipulaba, entre otras cosas, que las relaciones sexuales entre alemanes y judíos pasaban a ser ilegales. Claramente esta prohibición respondió a un intento de limitar la mezcla entre ambos grupos, para que la sangre judía no contaminara a la sangre alemana creando más niños medio judíos (Rees, 2017). Por otro lado, se estipuló que los judíos perderían su carácter de ciudadanos alemanes. Esta ley en particular dejó a los judíos alemanes completamente desamparados, sin protección del Estado, y oficialmente apátridas.

Friedländer plantea que los orígenes de las leyes de Núremberg pueden ser interpretados como parte de un plan paso a paso hasta llegar a la exclusión total de los judíos de la sociedad alemana, y que fueron un instrumento de ejecución práctica de la misión antisemita que planeaba culminar con la expulsión total de los judíos del territorio del Tercer Reich. Para eso, Hitler consideraba de suma importancia tener un nuevo cuerpo de leyes que avalara su visión de quiénes debían ser considerados ciudadanos alemanes y quiénes no. Esta idea se manejaba desde los inicios del mandato de Hitler, y él mismo anunció en un congreso nacionalsocialista que si la burocracia alemana no estaba preparada para superar sus fallas y servir como instrumento para el cumplimiento del proyecto de gobierno nazi, entonces el Partido debería intervenir para corregir estas deficiencias (Friedländer, 2016). El nacionalsocialismo ganó así un lugar preponderante en el mandato de Hitler, participando en la pragmatización del antisemitismo e impulsando acciones de gobierno.

Hitler sabía que, si planeaba construir una sociedad alemana en la que todo rastro de influencia judía fuera erradicado, debía reeducar a la nación. En todo círculo científico e intelectual alemán habían judíos que realizaban aportes importantísimos, y ese tipo de influencia no sería fácil de eliminar. El nazismo atacó a la educación, y para visualizar esos cambios utilizaremos datos extraídos de la Enciclopedia del USHMM. ⁹ En primer lugar, el 15 de octubre de 1936 el Ministerio de Educación prohibió a los maestros judíos ejercer sus funciones de docencia en las escuelas públicas del Reich. Sin docentes judíos, fue mucho más fácil homogeneizar la educación alemana bajo la doctrina nazi obligatoria. El sistema educativo nazi ocupaba mucho de su tiempo en enseñar «a los alumnos “arios” que

eran superiores a los judíos, con lo cual el antisemitismo se enseñaba en un contexto general de positividad» (Rees, 2017: 111). Debemos tener en cuenta que para este momento, los niños judíos aún asistían a las escuelas con sus pares alemanes. Los niños judíos de 1936 tuvieron que sentarse en salones de clase, frente a maestros que enseñaban que «solo los alemanes eran seres humanos valiosos» (Rees, 2017: 111). La educación durante el nazismo hacía un fuerte énfasis en las supuestas diferencias raciales entre los niños alemanes y los niños judíos, a quienes usualmente se comparaba con parásitos. La Enciclopedia del USHMM nos dice que «los educadores alemanes introdujeron nuevos libros de texto que enseñaban a los estudiantes el amor a Hitler, la obediencia a la autoridad del Estado, el militarismo, el racismo y el antisemitismo».¹⁰ Esto convirtió a las escuelas en un ámbito sumamente peligroso para los niños judíos, quienes eran víctimas de violencia verbal, psicológica e incluso física en algunos casos, tanto por parte de sus pares, como de sus maestros y directivos escolares.

Según datos del USHMM,¹¹ el 9 de abril de 1937 se pusieron en práctica las primeras restricciones a los niños judíos en lo que respecta al acceso a la educación pública. Ese día, el alcalde de Berlín prohibió a las escuelas públicas de la ciudad que aceptaran a niños judíos hasta nuevo aviso. Por otro lado estaban los niños judíos de las demás ciudades alemanas, quienes aún permanecían en instituciones educativas que enseñaban con base en los ideales arios, junto a compañeros alemanes que debían absorber la propaganda dictada en clase. Si bien algunos niños no estaban de acuerdo con las calumnias expresadas en clase acerca de los judíos (o bien porque tenían compañeros de clase judíos con quienes se llevaban bien, o porque tenían vecinos u otros conocidos judíos), los maestros alemanes eran instados a «contrarrestar esta incoherencia entre los judíos de la propaganda nazi y los judíos de carne y hueso que los alumnos conocían [...], hacían hincapié en la supuesta naturaleza engañosa de los judíos» (Rees, 2017: 112). Se enseñaba que los judíos, incluso los niños, tenían la capacidad de infiltrarse en las vidas de los alemanes, pareciendo buenas personas, pero que al fin y al cabo solo podían dañar a los inocentes niños alemanes.

A partir del 15 de noviembre de 1938, cuando el Ministerio de Educación del Reich expulsó de forma definitiva a todos los niños judíos de las escuelas públicas de todo el país,¹² estos se vieron despojados por primera vez de parte importante del mundo que hasta ese momento conocían sin una explicación que para ellos fuese razonable o comprensible a su corta edad. Fueron alejados de sus pares, privados de una educación digna, y sujetos a burlas y difamaciones por parte de la propaganda nazi. Fue muy fácil, además, para las escuelas alemanas identificar a los niños judíos para expulsarlos, ya que unos meses antes, el 17 de agosto de 1938, se había aprobado la ley sobre la Alteración de Nombres y Apellidos. Esta ley, según la Enciclopedia de la USHMM¹³: «exige que los judíos cuyos nombres sean de origen “no judío” adopten un nombre adicional: “Israel” para los hombres y “Sara” para las mujeres.» Bastó buscar entre los registros escolares a los niños con esos nombres para saber quiénes debían permanecer en las escuelas públicas y quiénes debían ser arrancados del sistema educativo alemán y pronto también del de otros países bajo el control alemán.

Hannah Herszkowitz, nacida en Polonia, comenta que el día que se presentó en su escuela para empezar primer grado en el año 1941 un vigilante nazi le dijo: «los judíos no tienen derecho a estudiar» y que «no se permiten judíos en nuestra escuela» antes de mandarla a casa. Mientras miraba a sus amigos entrar a clase, Hannah recuerda: «no lloré, sino que pensé: soy judía y no hay lugar para mí. Me quedé parada ahí hasta que no quedó nadie frente a la escuela, salvo yo. Había comenzado el nuevo año escolar, pero no para mí.»¹⁴ Por último, la idea de marcar a los judíos de una forma externa fue en realidad planteada primero por Reinhard Heydrich¹⁵ en noviembre de 1938, pero fue rápidamente rechazada por Hitler. Sin embargo, fue adoptada en la Polonia ocupada de 1939 a modo de prueba, bajo la presunción de que la prohibición de Hitler no se aplicaba a este territorio (Hilberg, 1961). En 1941 Hitler finalmente aprobó una petición esta vez presentada por el Ministerio de Propaganda y se comenzó a implementar la obligatoriedad de la insignia judía.¹⁶ Esta medida afectó directamente a los niños, ya que todos los judíos de seis años o más debían llevarla, en todos los territorios del Reich. Fueron a partir de ese momento expuestos al creciente sentimiento antisemita, siendo identificables a simple vista y sin manera de ocultarse ante los ojos de sus vecinos. Si no llevaban la insignia podían ser castigados, por lo cual sus padres no tomaron el riesgo; pero al llevar la insignia se exponían a actos

de violencia en las calles. No era poco común que los niños judíos (incluso los más pequeños) fueran insultados, escupidos o empujados en las calles por sus propios vecinos (Hilberg, 1961).

Año tras año, las vidas de los niños judíos se vieron modificadas para siempre. Cada aspecto de su existencia fue atacado por las directrices del gobierno nazi. Ante sus ojos, el futuro era cada vez más incierto. Aun así, esto era solo el comienzo.

La niñez en circunstancias extremas: la concentración de la población judía en guetos

Algunos miembros de la población judía en Alemania conservaban esperanzas de que los límites pautados por el creciente número de leyes antisemitas les otorgara un marco legal al cual atenerse y recobrar algún sentido de normalidad en sus vidas. Sin embargo, los antisemitas alemanes atacaron a judíos en las calles, especialmente en Berlín, alentados por el ministro de Propaganda del Reich, Joseph Goebbels, quien declaró: «Hay que vaciar a Berlín de judíos», y aseveró: «La policía ayudará» (Rees, 2017: 137). Sin embargo, no solo los niños judíos en Alemania se encontraban bajo peligro por causa de la legislación antisemita.

En Polonia vivían cinco veces más judíos que en Alemania y Austria juntas, y estas tres millones de personas ya habían experimentado la implementación de leyes antisemitas mucho antes de la invasión por parte de los nazis (Rees, 2017: 137). Pero existían diferencias importantes entre el gobierno polaco y el alemán antes de la segunda guerra mundial en cuanto a cómo se debería lidiar con el «problema judío»: el gobierno polaco se inclinaba más hacia la creación de un estado independiente hacia donde se deportaría a los judíos de este país. La predisposición del gobierno polaco a deshacerse de los judíos sin dudas allanó el terreno para que prácticamente no existiera resistencia a la aplicación de la legislación antisemita del nazismo en Polonia. Aunque el primer golpe ofensivo hacia este país por parte de Hitler fue motivado por cuestiones políticas, militares y su odio racial hacia los eslavos, en realidad quienes cargaron con el mayor peso de la ocupación y las acciones tomadas posteriormente fueron los judíos (Snyder, 2015). Las minorías discriminadas son quienes más protección del Estado necesitan, y una vez que Hitler destruyó todo rastro del Estado polaco, comenzando con la ocupación iniciada en 1939, los judíos del lugar se encontraron completamente indefensos.

Muchas de las políticas antisemitas más restrictivas se ensayaron primero en Polonia, como el mandato de obligar a los judíos a usar un parche de identificación, lo que ya fue explicado en el apartado anterior. La fuerza del Partido Nacionalsocialista una vez instalado de forma oficial en Polonia tras la invasión tuvo mucho que ver con el alcance que logró tener la legislación antisemita en este país. La administración alemana en Polonia incluía «un gran número de hombres del partido en sus filas, y fue menos precavid[a] y menos burocrátic[a] que la Administración del Reich» (Hilberg, 1961: 202). Otro de los experimentos realizados en Polonia correspondió a la concentración masiva de la población judía en espacios hacinados a las afueras de las grandes ciudades, inspirado en el gueto medieval utilizado para la reclusión de ciertos grupos étnicos. A continuación, se fijará la atención en los guetos de Varsovia y Łódź, por su enorme densidad poblacional y por las fuentes a analizar que a ellos se refieren.

La densidad poblacional de la comunidad judía en Polonia dio las condiciones para una vida terrible en el confinamiento. Los 400.000 judíos que vivían en Varsovia, por ejemplo, se vieron relegados a un espacio territorial que apenas hubiera podido contener a 100.000 en condiciones medianamente dignas (Hilberg, 1961: 202). Se impuso el traslado de las comunidades judías que contaran con menos de quinientos habitantes al centro de concentración que tuvieran más cercano. La decisión de *limpiar* las ciudades de judíos confinados dentro del gueto se vio acompañada por el desplazamiento de los judíos que residían en el campo también hacia su gueto más cercano (Hilberg, 1961: 202). Existía en cada gueto un consejo judío (*Judenrat*) formado por personas influyentes y rabinos de la comunidad judía local, que contaba con un líder judío identificado por las autoridades de la Administración de Policía de Seguridad. El líder se encargaba de hacer un censo de los judíos de la región urbana y rural, y de organizar el traslado hacia el gueto (Hilberg, 1961:

202).

Los guetos eran, a fin de cuentas, barrios marginales a los cuales no llegaban los servicios básicos y la densidad de habitantes por kilómetro cuadrado generaba condiciones de vida indignas. Por ejemplo, el gueto de Łódź albergó en un momento a 144.000 personas en aproximadamente 4,13km², es decir, 59.917 personas por kilómetro cuadrado (Hilberg, 1961: 202). Las condiciones de vida dentro de este gueto eran pésimas, las raciones de comida que llegaban no cumplían las necesidades alimenticias de los habitantes y la escasez de carbón llevó a que las personas tuvieran que arrancar sus propias puertas, ventanas y suelos de madera para prender fuego y calentarse en el duro invierno polaco. Las epidemias eran algo de todos los días, y se tuvieron que cavar nuevas letrinas para depositar las heces de los judíos que llegaban todos los días desde todas partes del Reich y los territorios ocupados.¹⁷

Solo se les permitía a los judíos llevar sus pertenencias personales, perdiendo por completo todas sus propiedades, las cuales eran reasignadas a familias e individuos alemanes. Los judíos se vieron aislados del mundo, y estuvieron más vulnerables que nunca: apátridas, sin protección estatal, hacinados, incomunicados y hambrientos.¹⁸

En este contexto la vida de los niños judíos, aún más débiles e indefensos que los adultos, fue extremadamente difícil. Los niños morían de hambre en una proporción mucho mayor, por su debilidad física, la malnutrición, los efectos del frío y la falta de abrigo y refugio apropiados.¹⁹ A las autoridades alemanas poco les importaba esta trágica pérdida de vidas, de hecho en cierto modo les favorecía en términos de practicidad y abastecimiento, ya que los niños judíos eran considerados «comedores inútiles» de los guetos.²⁰ Los niños más pequeños no eran aptos para los trabajos forzados que los judíos debían realizar en los guetos, muchas veces en fábricas o talleres en pésimas condiciones y con horarios de trabajo desmedidos. Por este motivo, fueron seleccionados para las primeras deportaciones a centros de exterminio cuando estos fueron implementados, junto con los ancianos y los discapacitados.²¹

El *Judenrat* del gueto de Łódź estaba dirigido por Mordejai Jaim Rumkowski, quien creía que la única forma de salvar la vida de los judíos que allí vivían era la participación en el trabajo al servicio de las autoridades nazis. Si bien se proyectaba que el gueto fuera un espacio transitorio antes de que los judíos fueran deportados fuera de Polonia, permaneció abierto desde 1940 hasta 1945, justamente porque Rumkowski creó un sistema de producción muy estricto, en el que los judíos participaban en la elaboración de distintos productos de consumo y tareas de construcción para los alemanes.²² De estas tareas, en especial las realizadas en los talleres (*resorts*), también participaban niños y jóvenes.



En la primera fotografía²³ podemos visualizar a un grupo de niños aparentemente de edad escolar que se encontraban trabajando en uno de los talleres de Rumkowski, en este caso dentro del rubro de la elaboración de zapatos. La segunda fotografía²⁴ muestra niños pequeños en el gueto de Łódź realizando trabajos forzados en la excavación de carbón para el aprovechamiento de las autoridades nazis. No se sabe con exactitud en qué año fueron tomadas, pero el gueto permaneció abierto entre 1940 y 1945, así que podemos fijar estas fechas como margen en el cual las fuentes pudieron ser producidas. En Alemania existían leyes que regulaban el trabajo infantil y lo prohibían en los casos de niños menores a diez años desde finales del siglo xix. Claramente estas leyes no protegían a los niños judíos que vivían bajo el control del nazismo, en primer lugar porque los guetos se encontraban fuera del país y el Estado polaco había sido desmembrado, y en segundo

lugar porque en cualquier caso los judíos eran apátridas.

En ambas fotografías se puede notar que los niños trabajaban con sus propias manos, sin ningún tipo de maquinaria que los asistiera en su labor, sin dudas muy ardua. Además, podemos ver que en estos sitios de trabajo no existía ningún tipo de medidas de seguridad ni equipamiento necesario (vestimenta y herramientas), lo cual hacía que los pequeños fueran muy propensos a accidentes laborales, especialmente cuando hablamos de niños que seguramente no tenían experiencia ni entrenamiento previo en el área. En el caso de la segunda fotografía, la carencia de medidas de seguridad se extendía más allá de la posibilidad de recibir lastimaduras externas o lesiones curables por algún tipo de servicio de enfermería. Trabajar en la excavación y extracción de carbón puede tener serias consecuencias en la salud de quien realice la tarea. Los pequeños cuerpos de los niños judíos en estado de malnutrición dentro del gueto no estaban preparados para soportar el arduo trabajo que se les había asignado, lo cual los hacía más propensos a desarrollar problemas musculoesqueléticos y los acercaba a una muerte prematura por agotamiento extremo. Sin embargo, para muchos de estos niños el trabajo forzado pudo haber sido la única forma de asegurar al menos una ración de comida para sus hogares, debido a que o bien sus padres se encontraban demasiado débiles y enfermos como para trabajar ellos mismos, o ya habían muerto y eran los niños ahora los encargados de proveer para sí mismos y sus hermanos.

En el caso del gueto de Varsovia, el más grande de Europa durante la segunda guerra mundial, los 450.000 judíos de todas partes de Polonia, el Reich y los territorios ocupados fueron obligados a construir el muro que los confinaría. Las condiciones de vida dentro del gueto fueron infernales. Yad Vashem²⁵ describe que las vidas de los judíos dentro del gueto «transcurrían entre una lucha porfiada por la vida o la muerte por enfermedad y hambre.» El hacinamiento experimentado hacía que aproximadamente seis o siete personas convivieran en una misma habitación, y las raciones de alimento no cubrían ni el diez por ciento de lo que un ser humano necesita por día para sobrevivir.



Esta tercera fotografía²⁶ fue tomada en el gueto de Varsovia entre los años 1940 y 1943. En ella podemos ver a cuatro niños en las calles del gueto, luchando para cubrirse del frío con la poca ropa que tenían. Uno de ellos cargaba en su falda a quien podemos presumir era un hermano pequeño, o tal vez uno más de los niños que habían quedado huérfanos debido a la altísima tasa de mortalidad en el gueto. A otro de ellos lo vemos con la mirada perdida, su delgado rostro mostraba claras señales de malnutrición, estaba descalzo y se cubría del frío con una manta desgastada. El último de los niños le mostró una sonrisa a la cámara, conservando parte de la inocencia característica de su corta edad, incluso en medio de tanta adversidad. Esta escena no era poco común, ver a grupos de niños huérfanos deambulando por las calles, sucios, mal alimentados, con miradas tristes y perdidas, mendigando para poder sobrevivir, era algo de todos los días en el gueto de Varsovia y en tantos otros a lo largo de Europa Oriental. Muchos se arriesgaban para encontrar formas de cruzar los muros del gueto para conseguir comida en la ciudad, pero eran severamente castigados si se los encontraba, incluso con la muerte.²⁷

Los niños formaron parte de esfuerzos conscientes y voluntarios por parte de los judíos para resistir a la degradación y deshumanización que les imponía el régimen nazi.²⁸ Dentro de los guetos se organizaban bibliotecas, escuelas clandestinas, movimientos juveniles, orquestas, salas de teatro e incluso un archivo histórico.²⁹ Con estas iniciativas «los judíos optaron voluntaria y conscientemente por no acatar las prohibiciones impues-

tas por los alemanes, que abarcaban todos y cada uno de los aspectos de la vida en comunidad». ³⁰ Hilberg (1961) afirma que la resistencia por parte de los judíos a la imposición de la fuerza por parte de los nazis fue casi nula, salvando la breve y devastadora experiencia de la rebelión armada en el gueto de Varsovia en abril de 1943 y de las peticiones personales que algunos rabinos hicieron a las autoridades de forma oral o escrita. Esto se debe a que no se encontraban preparados organizativamente para resistir un ataque de estas magnitudes, ni para una reacción armada, ni para una resistencia psicológica.

Por su parte, Machado ³¹ propone la idea de que las actividades culturales realizadas en los guetos conformaban un sistema de resistencia pasiva que apuntaba a mantener la dignidad de las comunidades judías que se encontraban en los confines de los guetos, viviendo en condiciones extremas. El nazismo pretendía destruir primero el espíritu de los judíos, deshumanizarlos, antes de la expulsión permanente en primera instancia y, con el tiempo, de su eliminación física. Si bien la bibliografía no arroja datos acerca de la cantidad de asistentes, se menciona que para los niños judíos las escuelas clandestinas organizadas en casas particulares o de maestros confinados en el gueto fueron de especial importancia, ya que les permitieron conservar un marco educativo y tener un lugar de contención y consuelo, pudiendo al menos por unos instantes abstraerse de la realidad a la que estaban sujetos.

Los guetos no estuvieron concentrados solo en territorio polaco, sino que a medida que el régimen nazi iba ampliando su alcance de influencia hacia el este, se iban guetificando las ciudades más importantes a su paso. Los niños de países como Lituania y Rumania vieron alteradas sus vidas para siempre cuando fueron obligados a abandonar sus hogares para habitar los recientemente formados guetos. En el caso de Lituania, había sido dividida tras la anexión de la zona de Memel-Klaipeda por la Alemania nazi en marzo de 1939 y la anexión soviética del resto de su territorio en agosto de 1940. A su vez, la población judía del país se había incrementado con radical rapidez tras 1940 debido a la afluencia de refugiados polacos a causa de la ocupación alemana, pasando a constituir el 10% de la población total lituana. ³²

Por otra parte, la situación de Rumania era muy diferente, ya que tras un período de neutralidad, se unió a las naciones del Eje para combatir junto a Alemania en la segunda guerra mundial, en junio de 1940. La dictadura militar en la que se hallaba sumida Rumania estaba liderada por el mariscal Ion Antonescu, cuyas aspiraciones antisemitas no estaban para nada ocultas. De hecho, años más tarde el propio Hitler demostró su asombro diciendo que este «se comporta mucho más radical de lo que nosotros nos hemos comportado» (Arendt, 2016: 279). El gobierno rumano tenía plena conciencia de las atrocidades que se estaban cometiendo hacia los judíos en el este de Europa, y no solo las avaló, sino que las apoyó activamente.

Yitskhok Rudashevski ³³ tenía solo catorce años cuando su familia fue expulsada junto con los otros judíos de la ciudad de Vilna hacia el gueto, el día 6 de septiembre de 1941. Gracias a las páginas conservadas de su diario, se puede conocer cómo era el sentir de las personas que experimentaron la crueldad y humillación que suponía este hecho. Los lituanos habían cerrado las calles para delimitar el área por la que pasaría el gueto judío, y se le ordenó a los judíos de Vilna que hicieran sus maletas y se prepararan para abandonar sus casas.

Rudashevski ³⁴ relató lo siguiente: «Veo el desorden en que está la nuestra, los bultos por todos lados y las personas perplejas y desesperadas»; continúa diciendo: «Miro las cosas desparramadas que yo usaba y que eran importantes para mí.» Existían sentimientos de desarraigo y también de impotencia en este niño de catorce años que nada podía hacer para mejorar la situación de su familia, de sus vecinos, de sus amigos. Toda su vida se veía a punto de cambiar, junto con su entorno. Yitskhok incluso menciona que algunos de sus vecinos no judíos también compartían la tristeza que veían en los judíos que estaban siendo desplazados. Al leer palabras como: «de pronto, todo a mi alrededor comienza a llorar...

Todo llora. [...] La calle por la que desfilan los judíos con sus envoltorios... La primera gran tragedia» ³⁵ podemos ponernos en la piel del joven que escribió acerca de la humillación que sintió cuando miles de judíos desfilaban por las calles de Vilna con sus pertenencias en mano, de camino al gueto. Las personas los miraban, algunos con pena, otros con recelo. En su diario también expuso lo sucedido una vez que él y su familia llegaron al

gueto, diciendo: «siento que me han robado, que me están robando la libertad, el hogar y las calles de Vilna que me son tan familiares y que amo tanto».³⁶ Un niño de catorce años, con el espíritu de rebeldía que caracteriza a los adolescentes, escribió sobre el dolor, la irritación, el enojo, la fatiga, y los insultos que recibía al atravesar las calles del lugar que hasta ese entonces había llamado hogar.

Eva Heyman³⁷, por su parte, tenía trece años y vivía en la ciudad rumana de Nagyvárad cuando se vio forzada a abandonar su hogar junto con su familia para instalarse en el nuevo gueto judío, el 1.º de mayo de 1944. Gracias a su diario íntimo, escrito originalmente en húngaro³⁸ y traducido al inglés por primera vez en 1974, podemos conocer detalles acerca de la expulsión de los judíos de Nagyvárad hacia el gueto. Los judíos rumanos ya estaban bajo leyes que restringían sus actividades cotidianas, por ejemplo existía un toque de queda que no les permitía salir de sus casas en un horario fuera de entre las nueve y las diez. El 1.º de mayo de 1944 salió un aviso en los medios de comunicación que anunciaba el desplazamiento forzoso de los judíos hacia el gueto. Eva contó que «según el anuncio, se nos permite llevar una muda de ropa interior y las prendas y los zapatos que tengamos puestos.» Las autoridades rumanas fueron aún más restrictivas en comparación con las polacas, que permitían a los judíos empacar tantas pertenencias personales como pudieran trasladar hacia el gueto.

Heyman (1944) expresó que iba a adoptar una nueva actitud ante lo sucedido: fingir que lo que le ocurría no era real, cuando dice: «de ahora en adelante voy a hacer como si todo esto fuera solo un sueño» y concluye: «Sé que no lo es, pero no puedo creer lo que ocurre.» El estado de ánimo de Eva ante los cambios a los que se veía obligada a adaptarse era evidente en su diario.

Ella tenía tan solo trece años. En otros contextos, los niños de esa edad suelen llenar su tiempo pensando en sus estudios, sus amigos y su vida familiar. Atraviesan dilemas y problemas propios de esta etapa y no suelen verse enfrentados a situaciones tan extremas como la aniquilación masiva. Probablemente el hecho de que estos niños registraran sus experiencias en diarios respondía a una necesidad de desahogo. En circunstancias tan extremas de aislamiento, contarle sus problemas a un diario puede que les ayudara a comprender lo que les sucedía. Sin embargo, Eva (y tantas otras niñas judías en Europa durante ese tiempo) estaba dejando atrás todo lo que conocía y la hacía feliz. No nos sorprende el estado de negación en el que se encontraba como un mecanismo de protección ante la realidad que atravesaba su vida. Tal vez más devastadoras fueron sus siguientes declaraciones cuando admitió que «nunca [había] tenido tanto miedo»³⁹, al tener en cuenta que ese mismo estado de incertidumbre y temor era compartido por los niños judíos de todos los países europeos que quedaron completa o parcialmente al mando de la Alemania nazi. Y el miedo no era para nada injustificado.

Eva escribió en su diario tan solo diez días después de haberse instalado en el gueto, el 10 de mayo de 1944, que el tiempo pasaba de forma extremadamente lenta. Los niños no tenían nada para hacer, no se les había permitido llevar sus juguetes y se encontraban confinados dentro del gueto una vez finalizado el cerco que lo rodeaba. Menciona que «de ahora en adelante, querido diario, no estamos en un gueto sino en un campo que es a la vez un gueto, y en cada casa han pegado un aviso que dice con precisión lo que no se nos permite hacer».⁴⁰ El gueto de Nagyvárad cumplía a su vez funciones de campo de concentración, un estado transitorio entre el aislamiento y la eliminación física.⁴¹ Además, las restricciones eran cada vez más estrictas, y también lo eran los castigos a quienes las incumplían; sus palabras denotan lo desesperanzada que se sentía al decir que «en realidad, todo está prohibido, pero lo más aterrador es que el castigo para cualquier cosa es la muerte».⁴² Sin importar cuál de las reglas hubiera sido rota, el castigo siempre era la muerte, por el incumplimiento más grave y también por el más insignificante. Eva mencionó que en los afiches pegados en las paredes del gueto no se aclaraba si la severidad de los castigos también se aplicaría a los niños o no, pero ella estaba convencida de que así sería. Basta imaginar el miedo que sintieron los niños judíos al vivir en estas condiciones, en un lugar en el que a su corta edad debían preocuparse por si la muerte los encontraría en el gueto por la falta de alimento, o por la ejecución si debían recurrir a robar comida para sobrevivir.

El nombre de este apartado es «la niñez en condiciones extremas», y nadie podría negar que los niños judíos tuvieron que atravesar situaciones que pusieron en peligro su salud

física y psicológica. En los guetos la muerte, el hambre y las enfermedades eran algo de todos los días. Los niños judíos sufrieron en carne propia el rechazo y la humillación por parte de las sociedades a las que habían pertenecido. Y aun así, lo peor estaba por llegar.

El fin de la niñez: las deportaciones a campos de concentración, trabajo y exterminio

Como fue mencionado en el apartado anterior, los niños judíos trabajaban en las fábricas y talleres que se habían formado en los guetos para asegurar al menos una ración de comida en sus mesas en caso de que sus padres no estuvieran aptos para trabajar o hubiesen muerto. Sin embargo, cuando el nazismo

implementó la «solución final» de forma total y definitiva, la mano de obra judía no sirvió para frenar el desmantelamiento de los guetos. Para 1941 los esfuerzos por expulsar físicamente a los judíos mediante la migración forzosa y las deportaciones masivas no habían sido exitosos, en parte por la gran cantidad de ellos que estaban bajo el gobierno nazi tras las anexiones e invasiones, y en parte por la falta de autorización y cooperación de otras naciones europeas en dichos planes. La convicción de la implacabilidad del enemigo judío le dio al nazismo la justificación y la oportunidad perfecta para concretar un plan aún más macabro: el exterminio oculto tras la acción militar (Hayes, 2018).

Al este de Europa, en las tierras tomadas a la URSS, se formaron comandos especiales (*Einsatzgruppen*) que tenían como objetivo llevar a cabo fusilamientos en masa de judíos, los cuales eran depositados en fosas comunes en los bosques europeos. De estos fusilamientos no se salvaban las mujeres ni niños, incluso bebés de apenas unos meses de vida (Hayes, 2018). El líder de las SS nazis, Heinrich Himmler, era en un principio también el coordinador de los *Einsatzgruppen*, y tras unos meses comenzó a preocuparse por la moral de los soldados alemanes que debían llevar a cabo la tarea de ejecutar a mujeres y niños todos los días. El régimen nazi comenzó a idear un método de exterminio general, que no llamara la atención si fuese aplicado en la región central y occidental del continente, y que tuviera menores efectos en la debilitada salud mental de los soldados nazis (Hayes, 2018). Para esta tarea fue asignado Reinhard Heydrich, en ese momento jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich.

Desde 1933 el régimen nazi utilizaba un sistema de campos de concentración y trabajo para confinar y condenar a trabajos forzados a criminales, disidentes políticos y prisioneros de guerra. Entre ellos, quienes eran judíos recibían el peor de los tratos. El primer campo de concentración fue creado en Dachau (Alemania), y albergaba a todo aquel que fuera considerado enemigo del régimen: judíos, comunistas, socialistas y liberales.⁴³

Los campos de trabajo tenían una reputación mucho peor que los campos de concentración (usualmente asociados con la reclusión, donde se cumplía una determinada pena, y se podía ser liberado), ya que entre sus prisioneros había una muy elevada tasa de mortalidad debido a los trabajos forzados, la malnutrición y las frecuentes ejecuciones de quienes no se encontraban aptos para seguir trabajando. La expectativa de vida en un campo de trabajo no era mayor a unos meses, en términos generales.⁴⁴ Sin embargo, esto cambió cuando una tercera clase de campo comenzó a ser implementada: el campo de exterminio. Los campos de concentración se convirtieron, entonces, en un lugar transitorio entre la deportación hacia los campos de trabajo o los campos de exterminio.

En octubre de 1941, los alemanes comenzaron a construir instalaciones con el fin de asesinar en masa a los judíos bajo su control, y para cumplir con este objetivo se sirvieron de los resultados recogidos de la experiencia llamada Aktion T4.⁴⁵ Estas pruebas fueron parte de la preparación para incluir dentro del sistema eutanásico al asesinato de judíos (Hayes, 2018). Entre 1941 y 1942 se abrieron campos de exterminio en el territorio que había pertenecido a Polonia, pero su función pasó a ser exclusivamente el asesinato masivo de los judíos de los guetos a partir de 1943 (Hayes, 2018). Existieron seis campos de exterminio durante el Holocausto, y se pueden dividir en dos grupos: 1) Cuatro campos que utilizaban monóxido de carbono para asesinar a los judíos (en Chelmno se utilizaban camiones de gas, y en Belzec, Sobibór y Treblinka se utilizaban cámaras de gas estables localizadas en edificios de ladrillo u hormigón, fáciles de construir y destruir si fuese necesario) y 2) Dos campos que utilizaban zyklon para asesinar a los judíos en cámaras de gas estables,

hechas para durar en una campaña de exterminio que se extendería en el tiempo acabando definitivamente con el enemigo judío (Auschwitz Birkenau y Majdanek). El descubrimiento del gas zyklon, un pesticida vaporizado que se utilizaba para fumigar los barracones, les proporcionó a los nazis una nueva herramienta potente y letal para el exterminio. Lo más favorecedor para el gobierno nazi era que se contaba con una importante reserva de dicho gas, y que solo setenta miligramos podían matar a una persona de setenta kilos en aproximadamente dos minutos, haciéndolo muy económico en proporción (Hayes, 2018). Los últimos dos campos mencionados funcionaban además como campos de exterminio y de trabajo forzoso a la vez.

El saldo de muertes del Holocausto es abrumador, especialmente si contamos que de los aproximadamente seis millones de víctimas, tres cuartos murieron en tan solo veinte meses (junio 1941-febrero 1943). Pero las estadísticas arrojan datos especialmente devastadores cuando hablamos de la mortalidad infantil, siendo que de cada diez niños judíos, se calcula que solo sobrevivía uno (Hayes, 2018). Entre 1933 y 1945 aproximadamente 1,7 millones de personas fueron asesinadas en campos de concentración, trabajo y exterminio, de las cuales se calcula que un millón eran judíos. El papel más destacado de la llamada «solución final» del régimen nazi, en la cual se decidió exterminar sistemáticamente a la población judía europea, se le otorgó a Auschwitz, en el cual la alarmante suma de 870.000 hombres, mujeres y niños perdieron la vida (Waschsmann, 2015). En 1942, ya reconociendo públicamente la dirección que la situación del pueblo judío estaba tomando, Hitler pronunció las siguientes palabras en un discurso dirigido al pueblo alemán: «En otro tiempo, los judíos de Alemania se reían de mis profecías. No sé si aún se ríen o si ya han perdido todo deseo de reír», y sentenció: «dejarán de reírse en todas partes, y también acertaré en esa profecía.» (Hilberg, 1961: 424). Cuando la segunda guerra mundial culminó en 1945, de los 1,6 millones de niños judíos que vivían en los territorios controlados por la Alemania nazi, entre 1 millón y 1,5 millones habían muerto.⁴⁶

Cuando comenzaron las deportaciones masivas de judíos hacia los campos de concentración, empezó simultáneamente un proceso de desmantelamiento de los guetos. La «solución final» suponía que el gobierno alemán no podía seguir manteniendo las bocas de sus enemigos, y como los judíos eran extremadamente peligrosos, la única opción era el exterminio. Se inició un proceso de selección, en el cual el jefe del *Judenrat*⁴⁷ se encargaba de seleccionar a quienes eran deportados, incluidos a los niños. Este trabajo requería una frialdad que no fue nada fácil de asumir. De hecho, el jefe del *Judenrat* del gueto de Varsovia, Adam Czerniaków, prefirió suicidarse antes de continuar eligiendo niños para el exterminio (Hilberg, 1961). Aun así, como fue explicado en el apartado anterior, los niños eran considerados «bocas inútiles» en los guetos, consumiendo raciones de comida sin poder participar en labores de trabajo forzado, por lo cual estuvieron entre los primeros en llenar los trenes que se dirigían hacia los campos.

Cuando los prisioneros, hombres, mujeres y niños, llegaban a los campos debían despojarse de sus pertenencias personales, se les rapaba el cabello y se les entregaba un uniforme a rayas y un par de zuecos de madera.⁴⁸ Esta fue una experiencia muy humillante para los niños, en especial las niñas, para quienes su cabello era muy importante. Existen historias desgarradoras, como la que relata que un día en el campo de Drancy un niño lloraba mientras lo rapaban, pidiendo entre lágrimas que no le cortaran el pelo porque a su madre le gustaba mucho su cabello rubio (Rees, 2017).

En el caso de los campos de concentración, como espacio de transición, se categorizaba a las personas según su aptitud física: quienes estaban en condiciones de trabajar eran enviados a campos de trabajos forzados y quienes no lo estaban terminaban en campos de exterminio.

La mayoría de los niños pequeños eran enviados directamente al exterminio, ya que se consideraba que no tenían ninguna utilidad para el régimen dentro de los campos de concentración, al no ser físicamente capaces de realizar trabajos forzados (Rees, 2017).

Las mayores atrocidades fueron cometidas hacia estas criaturas, desde el momento en el que se los separaba de sus padres, se los subía a trenes o se los llevaba directo a cámaras de gas bajo el engaño de que irían a bañarse. Los niños que intentaban escapar, o se negaban a desprenderse de los brazos de sus padres, eran asesinados instantáneamente. El sonido de gritos y llantos de niños y padres desesperados por mantener a sus familias juntas llenaba el aire del área de arribos a los campos. Tan pequeños eran algu-

nos de estos niños que era muy difícil registrarlos, porque muchos ni sabían su propio nombre y respondían con cosas típicas de niños como «Soy el hermano de...», o se limitaban a llamar incesantemente a sus madres (Rees, 2017).

Enia Waltser,⁴⁹ una niña ucraniana, recordó que una vez los alemanes le quitaron a su familia todo lo que tenían, fueron enviados al campo de concentración en Iedintsy, y cuenta: «Sufrí mucho, siempre con la muerte ante mis ojos.» (Grossman y Ehrenburg, 2011: 242). Sus padres fueron asesinados en Ucrania, dejando cinco niños huérfanos. Lo más desolador de sus declaraciones fue el pesimismo que una niña de tan solo quince años tenía hacia la vida, una vida que había sido marcada completamente por el sufrimiento y el trauma. Es imposible no entristecer leyendo las siguientes declaraciones: «Ahora tengo quince años, pero nunca he sido feliz en mi vida», y añadió tristemente: «Jamás recuperaremos todo lo que perdimos.» (Grossman y Ehrenburg, 2011: 242). Enia no pudo haber sido la única niña que se sintió de esta manera, acostumbrada a convivir con el dolor y la muerte día a día, sintiendo que su vida había acabado antes de siquiera comenzar.

Algunos niños, especialmente los adolescentes, lograban escapar del exterminio instantáneo si se consideraba que eran aptos para realizar trabajos forzados, por lo que muchos recurrían a tácticas como colocar rocas en sus prendas o zapatos para fingir tener más peso ante la revisión médica, o buscaban formas para parecer más altos para ser seleccionados para trabajar, e incluso se presentaban como voluntarios para estas tareas. De todos modos, en los campos de trabajo la tasa de mortalidad infantil era extremadamente elevada debido a las pésimas condiciones laborales, el hambre y las enfermedades que allí contraían. Una niña ucraniana llamada Roza Lindvor⁵⁰ relató cómo tenía diez años el día en que los alemanes llegaron a su ciudad, Moguiliow-Podolski, y expulsaron a todos los judíos al campo de concentración de la región de Tulchín: «Nos sometieron a todo tipo de tormentos hasta que asesinaron a mis padres.» (Grossman y Ehrenburg, 2011: 248). Luego de esta experiencia traumática, fue obligada a trabajar sacando turba⁵¹ con las manos, desde las cuatro de la mañana hasta la noche. Un día, escuchó que los guardias nazis comentaban que era hora de acabar con todos los judíos, ya que se acercaba el fin de la temporada estival.

Waltser cuenta que para escapar corrieron con todas sus energías hasta que las «persiguieron con saña y alcanzaron a muchas.» (Grossman y Ehrenburg, 2011: 248). Roza logró salvarse debido a que un ucraniano se solidarizó con ella y la escondió en su casa. Incluso cuando una vecina los delató, avisando a los soldados alemanes de su presencia en la casa del hombre, él la defendió, enfrentándose a los soldados valientemente mientras ella escapaba corriendo hasta llegar a la frontera con Rumania.

La mayoría de los niños judíos no pasaban más de unas simples horas en los campos de exterminio, ya que eran generalmente conducidos directamente hacia las cámaras de gas apenas bajaban del tren. Sin embargo, muchos niños permanecieron meses e incluso años (si lograban sobrevivir a las duras condiciones diarias) en campos de concentración y trabajo forzado. La rutina diaria de los prisioneros les consumía las pocas energías que aún conservaban, era un ciclo que se repetía todos los días, sin fin: «amanecer temprano, arreglo de la litera, formación, marcha al trabajo, labor extenuante, espera de la comida diaria.»⁵² El tiempo que pasaban en los campos les permitía formar vínculos, y en los casos en los que se les permitía estar junto con sus familias se podía generar alguna especie de rutina, más allá de las penurias atravesadas. La alimentación consistía generalmente de «una sopa insípida de algún vegetal y media hogaza de pan, alimentación insuficiente para quienes realizaban pesadas tareas».⁵³



Este dibujo fue realizado por Vilém Eisner,⁵⁴ adolescente que murió en una cámara de gas en Auschwitz, tras haber pasado un tiempo en el campo de concentración transitorio de Terezín. Actualmente integra

la colección del Museo Judío de Praga y formó parte de una exposición ambulante⁵⁵ que pasó por varias ciudades de Europa y que llevaba consigo más de cuarenta dibujos de niños concentrados en Terezín. La base de datos de víctimas del Holocausto del Institut Terezínské indica que Vilém pasó más de un año en Terezín, antes de ser deportado a Auschwitz donde fue asesinado más tarde. Si bien no conocemos mucho acerca de su vida en el campo de concentración, su dibujo nos habla de una rutina, de un esfuerzo conjunto por parte de los prisioneros de mantener un sentido de normalidad en sus vidas. En el dibujo podemos ver una lección escolar clandestina organizada para los niños judíos dentro de uno de los barracones en los que eran obligados a vivir. En los campos de concentración no era poco común que se formaran pequeñas escuelas clandestinas, tal como se hacía en los guetos, además de actividades culturales y religiosas que apuntaban a mantener no solo la vida en su sentido físico, sino también en su sentido moral y anímico.

Como se puede visualizar en el dibujo, los grupos de estudio eran pequeños, y los niños se reunían junto a las literas para escuchar la lección impartida por algún maestro u otro adulto que residiera ahí también.

Este apartado se tituló «el fin de la niñez» en un intento por expresar la desoladora situación de los niños judíos durante el Holocausto, cuando su lucha por la supervivencia se vio agravada por el comienzo de las deportaciones hacia los campos de concentración, trabajo y exterminio. La infancia de los niños judíos culminó, de cierto modo, cuando perdieron sus jóvenes vidas, o cuando sus experiencias traumáticas los obligaron a crecer de golpe y enfrentarse con la muerte cara a cara.

Conclusiones

Desde el primer momento de esta investigación me planteé la pregunta de cómo el antisemitismo del nazismo afectó las vidas de los niños judíos. Dentro de la bibliografía existente acerca del Holocausto, las experiencias de estos niños y cómo se vieron afectados por esta tragedia constituyen un tema relativamente poco revisado, a pesar de que fue uno de los grupos con mayor índice de mortalidad. Hitler siempre defendió la idea de que el antisemitismo nazi era una postura de autodefensa, no de ofensa, ante un «enemigo peligroso» (el judío) que los amenazaba de forma constante. Ahora bien, no es posible que los millones de infantes que el régimen nazi masacró fueran verdaderamente enemigos de una nación, y aun así fueron asesinados de las formas más monstruosas imaginables. El alcance del antisemitismo sistémico del nazismo logró tales dimensiones que seres humanos pudieron fríamente mirar los rostros de niños indefensos y acabar con sus vidas de forma sistemática y continuada durante años.

Las guerras afectan gravemente a los niños de maneras que se extienden mucho más allá de la duración del conflicto. Un estudio conducido por el Instituto Nacional de Pediatría de México en 2007 arroja datos importantes sobre los efectos psicoafectivos de los conflictos bélicos en niños, tales como: desarrollo de conductas regresivas, angustia, ansiedad, trastornos afectivos, trastornos del sueño, problemas de atención, agresividad, labilidad emocional, evasión, sentimientos de culpa e impotencia, entre otros.⁵⁶ Los niños judíos se vieron afectados por la humillación constante, la deshumanización y la aceptación de la muerte como algo cotidiano y tangible, todo lo cual afectó la forma en la que veían al mundo y se relacionaban con el exterior de sus comunidades destruidas. A su vez, gran parte de ellos sobrevivieron al Holocausto como huérfanos, y tuvieron que enfrentar el resto de sus vidas sin sus familias, y en el caso de los más pequeños, sin recuerdos claros o verdadero entendimiento de lo que les ocurrió. Niños separados de sus padres y hermanos en diferentes campos de concentración y trabajo jamás lograron reencontrarse.

Por otra parte, los pequeños tienden a no comprender los cambios que suceden a su alrededor hasta que no ven los efectos de estas transformaciones evidenciados en su vida cotidiana. Probablemente los niños judíos de Alemania no comprendieran el alcance

del creciente antisemitismo en Europa durante la década de 1930, o las implicaciones que el ascenso del nazismo al poder tendría en sus vidas, hasta que tuvieron que vivir con los efectos de dichos acontecimientos. Durante la niñez, el aspecto socializante de la escuela es esencial para el desarrollo de los infantes como individuos. En estos años sus vidas giran en torno a sus vivencias en la escuela: sus amigos, sus metas y su relacionamiento con la autoridad, en su mayoría provienen del ámbito escolar. Experimentar maltrato por parte de personas que deberían ser un apoyo en su crecimiento debió haber generado una gran desilusión con respecto al rol del adulto, produciendo una desconfianza que probablemente se extendió más allá de los límites de la guerra y el Holocausto. A su vez, el contexto de violencia extrema, maltrato y denigración debió haber afectado la forma que tenían de percibirse a sí mismos y a su condición como seres humanos dentro de una sociedad que por tanto tiempo los excluyó. Podemos imaginar las dificultades que estos niños y adolescentes tuvieron luego para relacionarse entre sí, ya que fueron privados de un espacio propicio para explorar su identidad e individualidad afectiva y sexual.

El título del trabajo hace referencia a *infancias robadas*, lo cual se relaciona con las infinitas pérdidas que sufrieron los niños judíos durante el Holocausto. Perdieron una etapa de sus vidas que no podrían recuperar jamás; fueron privados de sus espacios de juego, de experimentación sexual y afectiva; fueron separados de sus familias y ni siquiera pudieron completar sus estudios oficiales. Se les arrebató tanto su integridad física como emocional. No podemos volver el tiempo atrás y recuperar lo ya perdido, pero al menos está en nuestras manos recordarlo, reconstruir lo ocurrido durante el Holocausto tomando en cuenta las experiencias de los niños judíos desde un ámbito historiográfico y memorístico.

Notas

¹ Aunque el régimen nazi también asesinó de forma masiva a otras personas y comunidades, tales como: personas con discapacidades y enfermedades mentales, romaníes, personas afrodescendientes, testigos de Jehová, comunistas, polacos y homosexuales.

² Entre 1 y 1,5 millones de niños judíos murieron durante el Holocausto. United States Holocaust Memorial Museum. «La difícil situación de los niños judíos.» <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/plight-of-jewish-children>> [24 de noviembre de 2021]

³ United States Holocaust Memorial Museum «El antisemitismo». <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/antisemitism>> [31 de octubre de 2021].

⁴ Las características de la raza aria serán explicitadas en el apartado referido a las leyes de Núremberg.

⁵ Fuerzas Armadas de la Alemania nazi.

⁶ Traducido de la edición en inglés de Friedländer, S. (2016): *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939): Los años de la persecución*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, pág. 155.

⁷ United States Holocaust Memorial Museum. «El adoctrinamiento de la juventud», en *Enciclopedia del Holocausto*. <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/indoctrinating-youth>> [20 de noviembre 2021].

⁸ United States Holocaust Memorial Museum. «Los niños durante el Holocausto», en *Enciclopedia del Holocausto*. <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/children-during-the-holocaust>> [17 de noviembre 2021].

⁹ United States Holocaust Memorial Museum. «Legislación antisemita, 1933-1939». <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/antisemitic-legislation-1933-1939>> [17 de noviembre de 2021].

¹⁰ United States Holocaust Memorial Museum. «El adoctrinamiento de la juventud».